RETIRO DE ADVIENTO

GRUPO SAN FRANCISCO GRANADA

Águeda Mariño / Libro Caritas 2025
Mariola López Villanueva, rscj

PERMANECER, LA ESPERANZA DE LOS QUE NO SE VAN

Águeda Mariño / Libro Caritas 2025

Cuando entré a media tarde al pequeño patio de la escuela parroquial me sorprendió ver allí una de las niñas pequeñas, sola.

- ¿Qué haces aquí? - le pregunté preocupada, porque hacía ya más de dos horas que su jornada escolar había terminado.

- Estoy esperando..., es que no me «ha juido» - me contestó. Tardé un ratito en interpretar que me quería decir que «no se había ido aún».

- Y ¿a quién esperas?

- No tuve más respuesta que un encogimiento de hombros, los ojos llenos de lágrimas y una sonrisa aliviada por verme allí.

- No te preocupes, ya está. Vamos, que te acompaño a casa.

Todos nos hemos encontrado alguna vez abandonados, olvidados, sin que nadie venga a buscarnos, quizás bloqueados interiormente o sumidos en una rutina sin verdadero sentido. Lo importante es lo que la niña respondió *"No me ha juido"*: no me he ido, he resistido la espera, incluso la incertidumbre de no saber cuánto he de esperar, si se han olvidado de mí, ni quién será el que venga. En este mundo que sueña con seguridades e inmediatez, sumido en un hondo pesimismo y en creciente deshumanización, el Adviento nos invita a esperar confiando, con una esperanza cierta: Dios vendrá, hoy y siempre. Podemos descubrir las huellas de su paso, los signos de su presencia, si no dejamos de buscar y estamos atentos, alerta.

¿Qué esperamos? ¿Qué le pedimos a Dios? ¿En qué se nos va la vida? Porque la esperanza no es algo etéreo, se va encarnando en cada uno, se vuelve sueño, utopía, espiritualidad, valores, criterios, comunión, camino, procesos, opciones. Queremos el bien, un mundo mejor. Albert Nolan (Esperanza en una época de desesperanza, Sal Terrae 2010, p. 125) nos dice: *"El mundo mejor que debemos esperar es un mundo en el que se haga la voluntad de Dios. ¿Cuál es la voluntad de Dios? Lo que Dios quiere es lo mejor para todos nosotros juntos, no lo que es mejor para algunos a costa de otros. A esto lo llamamos el bien común. Los valores que forman la realidad del bien común y que Jesús encarnó son los valores del compartir, la solidaridad, la dignidad y el servicio, entre otros"*.

¿Cuáles son «los signos del Reino» que nos permiten intuir que la voluntad de Dios se hace realidad? Si echamos un vistazo rápido y seguido a las lecturas del evangelio, mayormente de Mateo, a lo largo de todos los días de las primeras semanas de Adviento, nos encontramos con

un Jesús que se alegra porque ve en los pequeños al Padre, que se compadece enseña y cura, que habla con verdad y autoridad, que es paciente y acogedor que les da indicaciones a los discípulos de por dónde va el Reino, que recrimina a quienes no son capaces de aceptar su mensaje.

El papa Francisco, en la bula de Convocación del Jubileo ordinario del año 2025 en los números 8-16, habla de signos proféticos, nueve signos de dolor y desesperanza que los cristianos y todas las personas de buena voluntad, siguiendo a Jesús, debemos transformar en signos de vida y esperanza: paz para el mundo con una cultura a favor de la vida en todas sus etapas y de la familia; ante el individualismo y el descarte y el aumento de la pobreza y las desigualdades, trabajar por un proyecto común con economía y políticas más solidarias, justas y distributivas; salvaguardar la dignidad, justicia y condiciones dignas de vida de presos y reclusos; escucha, presencia y afecto para las personas enfermas y apoyo al personal sanitario y familias; apoyo y cuidado de niños y jóvenes, especialmente los que sufren pobreza, las dificultades de empleo vivienda y educación; acogida e integración de migrantes, valorando el aporte que hacen a las sociedades de acogida; frente al abandono y soledad de las personas ancianas, atención, escucha y compañía; ante la desigual dad y la pobreza de tantos países y regiones, un reparto justo de los bienes y la riqueza, la condonación de deudas externas y pagar la deuda ecológica. La tarea es ingente.

Javier Vitoria ("Dar razón de la esperanza en tiempos de incertidumbre", cuadernos Cristianisme y Justicia, n. 239, p. 10) dice que *"el Plan divino de Salvación necesita de nuestro concurso, pues Dios no ha previsto que pueda ser realizado al margen de nuestra libertad... La llamada divina a participar de él nos llega preferentemente a través del rostro de los pobres, de las víctimas de la injusticia... Allí donde el espíritu humano creador suscita vida y libertad, solidaridad y liberación, fantasía creadora y proyectos utópicos de nueva humanidad, el Espíritu se encuentra en acción"*.

¿Dónde está nuestro fundamento, el mensaje de Jesús? Sus grandes enseñanzas son: que Dios es nuestro Padre y que solo una cosa es necesaria, el amor. Parecen mensajes simples y demasiado etéreos para nuestra mente racional. No son planes precisos ni puntos de un ideario que se pueda seguir. Van más allá porque solo se comprenden con el corazón, ahí donde te encuentras con el Señor "*en espíritu y en verdad*" (Jn 4,23). Como le decía Jesús a la mujer samaritana *"con el agua que yo te daré nunca más tendrás sed"* (Jn 4,14). Nuestra esperanza más profunda es una seguridad radical, ser amados incondicionalmente, siempre, una justicia y una paz reales, la felicidad. Y solo en Dios lo encontramos.

Margarita Saldaña, ("Vigías de la Esperanza", Revista Corintios XIII n. 193, p. 105) hablando de una Esperanza encarnada dice que *"en lugar de conformarse con esperar a que el ser humano diera pasos para acercarse a Él, Dios mismo emprendió la ruta de la Encarnación, una marcha sin vuelta atrás que nos revela el secreto más profundo de la esperanza. El misterio que mueve a este Dios solidario se esconde en una lógica que dista mucho de nuestros razonamientos, es la lógica del amor, del amor sobreabundante"*.

QUIEN PERMANECE AMANDO: DIOS

«En estos dos mandamientos se sostienen toda la Ley y los Profetas»
Mt 22,40

Dios es el amor único e íntimo hacia mí y, a la vez, es el amor universal a todos y todo. Vivirlo desde ahí no es tan simple ni evidente, por eso el de brota la alegría verdadera, la que es regalo, don, porque somos "*llenos de gracia*".

Será María la que guarde ese profundo silencio que permite escuchar la voz de Dios. En ella, la Palabra se hace carne, ser de su ser. *"La meta más alta que se puede alcanzar en la vida es permanecer en silencio y dejar que Dios hable y actúe interiormente"* Maestro Eckart. Será ella la que se ponga en marcha y entone el himno del Dios que actúa en la historia y en la humanidad (magnificat). Hemos de hacer sitio en nuestro corazón y en el mundo a la Palabra, el Dios vivo encarnado.

"La finalidad de la palabra es expresar ideas. Una vez comprendidas las ideas, las palabras son olvidadas ¿Dónde encontrar un hombre que haya olvidado las palabras? Este es el único con el que yo quisiera hablar", decía el filósofo taoísta Chuang Tzu. El silencio nos hace itinerantes, nos vacía de lo aprendido. Hay que olvidar las palabras aprendidas, para dejar que el futuro asome y encuentre nuevas palabras que le nombren. Si no, nos quedamos atrapados en el pasado. Hemos de ser nómadas de las palabras, será la única forma de llevar la Palabra con su carga de novedad, de dejar que sea Dios quien se exprese.

Hacemos silencio para escuchar a Dios, porque precisamente la Palabra de Dios es tantas veces ella misma silencio. No podemos nombrarlo todo, hay tanto que no tiene palabras que nombre o exprese, solo la hondura de la Palabra, el mismo silencio de Dios. Y cuando la Palabra se revela, es capaz de crear algo nuevo, de sonar a novedad, a buena noticia. La palabra más honda es la que nace del silencio mismo de Dios y solo se traduce en el lenguaje del amor.

Cristina Inogés ("Lo irrenunciable, la Anunciación", Revista Frontera Hegian n. 125, p. 25) hablando de la importancia de la Anunciación expresa: "No podemos renunciar a la Anunciación porque, en este mundo loco en que vivimos, tenemos que seguir diciendo, gritando, que nuestro Dios no vino a servirse del hombre, sino a servir al hombre... El mundo de las fake news, de las mentiras estratégicamente calculadas para causar mucho daño. Nosotros, como creyentes, tenemos que dar la noticia verdadera de un Dios que se va a hacer presente en nuestra vida, que no es algo que pasó. Al contrario, es algo que pasa y pasa como siempre aconteció: en silencio".

El Adviento es el tiempo de la fertilidad, se gesta la vida, Dios mismo. Ni el silencio, ni nuestra vida, ni la historia son estériles, están preñados de vida y de futuro.

La generación de Jesucristo fue de esta manera: María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo... Cuando José se despertó, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor y acogió a su mujer. Y sin haberla conocido, ella dio a luz un hijo al que puso por nombre Jesús (Mt 1,18-25)

La acción de Dios no se da fuera de la historia, no crea un escenario y unos personajes especiales para encarnarse. Se hace hombre en un lugar y tiempo concreto con personas concretas. A María y a José "*les cambia el paso*" totalmente, pero de alguna manera todo sigue su rutina. De ambos se pueden destacar tres actitudes (Ermes Rochi "Las casas de María", Paulinas, 2007, pp. 30-34):

> Recogimiento. El ángel entra en la "casa" de ambos, en silencio o en sueños; ambos están recogidos. Cuando habitamos nuestro corazón también nos recogemos, como el barco que recoge velas y amarras y se deja llevar. Cuando nos recogemos surge una nueva virginidad en el corazón. De muchos deseos y dispersiones, nos centramos en el deseo único, el de Dios, y nos hacemos casa de Dios, y nuestros sueños serán los suyos.
>
> Acogida. Cuando el recogimiento se abre a Dios, acoge nueva vida. José "*acogió a su mujer*". "*Toma a María y al niño...*", acógelos y cuídalos. María acogió al Niño. "Concebirás en tu vientre". Acoger es un verbo que engendra vida. Nos vamos haciendo lo que acogemos. Si acogemos vanidad, se hará vacío. Si acogemos paz, nos volvemos paz. ¿Qué acojo, a quién acojo? Somos aquello que nos habita; ¿es Dios quien me habita?
>
> Gestar la vida. El encuentro con Dios transforma, tanto la mente como el cuerpo y la vida. "*Debemos dejar que la Palabra se haga cuerpo y mueva nuestras manos, nuestros ojos, nuestros gestos. Que los mueva de un modo nuevo, ligado a la paz, la justicia y la ternura*" María, José, Jesús son agraciados con la vida del amor.

PERMANECER HOY, «MIENTRAS HAYA PERSONAS, HAY ESPERANZA»

Adentrémonos en este nuevo adviento, haciendo espacio en nuestro corazón y nuestra vida a la Palabra encarnada, y que ella nos habite, y seamos constructores de hogar, como Nazaret y Belén, constructores de comunión y fraternidad, constructores del Reino de Dios, de un mundo que sea hogar para todos sus hijos e hijas. La esperanza no se hace realidad por desearla, es necesario vivir una esperanza activa, paso a paso, día a día.

"*Queremos resaltar que la esperanza habita en cada ser humano, porque todas las personas somos creaturas de Dios y Él nos amó primero. La esperanza cristiana es una virtud teologal, es un don, es gracia que recibimos, y toma forma de semillas de fraternidad y solidaridad en cada persona, que brotan en forma de pequeños gestos y acciones cotidianas que contagian esperanza a los demás*" (Campaña Cáritas 2025).

Hemos de ser coherentes con nuestra fe y hacer el camino de conversión que nos acerque a una vida más evangélica, atenta a la voluntad de Dios. Nos lo recordaba el papa Francisco "*siempre hace falta cultivar un espacio interior que dé sentido al compromiso*" (EG 262). Cultivar una espiritualidad trinitaria, encarnada, de ojos y oídos abiertos a los pobres, una espiritualidad de la ternura y de la gracia, transformadora, pascual y eucarística (CEE, Iglesia, servidora de los pobres, n. 38). Y vivir fieles al Dios de la vida, vida en abundancia.

TEJIÉNDONOS MÁS HUMANAS

Mariola López Villanueva, rscj

Adviento es un viaje hacia la esperanza, un tiempo en el que ahondar la invitación a ser mujeres que esperan, artesanas que juntan sus hilos junto a muchos otros. Uno de los primeros nombres que le dieron en las iglesias siriacas a María fue el de Tejedora, la que teje la humanidad en Jesús. La que no rechaza ninguno de los hilos que componen la urdimbre de lo humano.

Con ella somos invitadas a tejer tramas de cariño y esperanza que nos posibiliten acoger la vida que esta por brotar, recibir a Aquel que viene en modo vulnerable (Haití, Afganistán, Siria, La Palma...). Vamos a entrelazar tres hilos necesarios: Salir de nosotras mismas. Concretar el amor. Acoger lo débil.

SALIR DE NOSOTRAS MISMAS

"*Sal de lo tuyo*", escuchó Abrahán (Gn 12), y es esa salida de una misma, ese descentramiento, el que pone en marcha un viaje con sentido.

Vivimos una época de narcisismos. Necesitamos salir del autocentramiento, de esa mirada vuelta sobre nosotras. Enamorarnos de la vida nos hace más responsables de nuestra respuesta, más responsables del cuidado... La atención a las cosas y a los rostros requiere una salida fuera de mí.

Salir de nosotras nos permite abrir el chakra del corazón. Cuando el cuarto chakra está cerrado aparecen disfunciones en los intercambios personales y en la conexión con una misma y con la realidad. No somos capaces de aceptarnos con todo, necesitamos constante reconocimiento y afirmación del exterior, nos volvemos dependientes, generamos actitudes defensivas. Somos más susceptibles al miedo y, si el chakra está muy cerrado, "*nos secamos*".

Cuando salimos de nosotras somos capaces de abrirnos, de ofrecer hospitalidad. Vivimos tiempos donde la hospitalidad se ha fracturado. La crisis central de nuestro tiempo "*no está en la nueva economía de la exclusión, ni en la corrupción de la política, ni en la derrota moral de la humanidad. La crisis fundamental reside en la falta de sensibilidad de los humanos hacia otros seres humanos*". Contantemente estamos experimentando esto.

Necesitamos recuperar el rostro del otro - cercano y lejano - no como aquel que amenaza lo que soy sino como un compañero de existencia con el que tengo que procurar hogar.

La teóloga alemana Hadwig Ana María Müller en un hermoso artículo titulado "*el hambre de pan*", el anhelo del otro, nos hace ver que el hambre señala uno de los rasgos característicos de la condición humana que "*no es sin pan*". Y que el anhelo es un elemento constitutivo de nuestra vida humana que "*no es sin los otros*". No somos sin pan ni podemos ser sin los otros y esto nos remite a una indigencia radical.

Si el hambre de pan se sacia comiendo, el anhelo del otro se sacia con el respeto, la protección y el fortalecimiento de su existencia distinta de mí.

Algo necesita ser removido en nosotras, desalojado, para que la bendición de la hospitalidad vaya madurando nuestra vida.

Así dice Etty en una de sus plegarias: "*Dios, dame fuerzas, no sólo espirituales sino también físicas... Hoy estoy muy cansada, me siento abatida, y no tengo energía para el trabajo... Aun así, te estoy agradecida de que no me hayas dejado sentada tranquilamente en mi escritorio, sino que me hayas puesto en medio del sufrimiento y de las preocupaciones de estos tiempos*".

Señala el filósofo Josep María Esquirol que el gesto más humano de todos es el amparo, que lo más humano de lo humano reside en salir de nosotros para hacer espacio al otro: "*Venimos desnudos al mundo, y hace frío, y nos acogemos unos a otros. La comunidad más básica es la del amparo. Es la comunidad que cura, que nos cura... El egoísmo es fuerte y radical. Pero la acogida, la vigilia, y velar por el otro lo son aún más... El mundo humano se sostiene por la bondad*".

José prefigura esta bondad en el Evangelio. Tendrá que aprender a leer los sueños y a salir de sí mismo, para abrirse a lo que la vida trae, más allá de lo que comprende: "No tengas reparo en aceptar...viene del Espíritu" (Mt 1, 18-25). Toma al niño y a su madre... y sal...

- ¿De qué me hablan mis sueños en este último tiempo?
- ¿Dónde siento que necesito crecer en este "salir de lo mío"?
- ¿Cómo se me invita a ensanchar mi espacio? (Is 54, 2-4)

CONCRETAR EL AMOR

Vivimos en la era de las pantallas, saturadas y distraídas por muchas cosas, envueltas en un acontecer precipitado... y estar presentes a los demás supone una elección que es en sí misma una afirmación amorosa. La elección de estar atentas al otro le dice: "*tú eres digno, tú vales*". Las personas demandan presencia, alguien que mire con detenimiento sus vidas, alguien que los salude con calma, que les pregunte, que se interese.

Una de las veces que vine a Madrid fui a ver la exposición: "*Auschwitz: No hace mucho. No muy lejos*". Se me grabó especialmente el testimonio de un superviviente al que preguntaron qué hizo posible que siguiera con vida en medio de tanto horror, y él respondió: "*tener un amigo en el campo y alguien a quien cuidar*". Nos salva sentirnos queridos y poder cuidar de

otros. Todos necesitamos pertenencia y somos mucho más amorosos de lo que nos mostramos; sacrificamos mucha espontaneidad y dulzura: *"Lo que más nos hace sufrir no es tanto el hecho de no sentirnos queridos sino el de no poder amar tanto como sentimos que nuestro corazón está impulsado a hacerlo"*. Cuando empezamos a contactar con él, o dejamos que otros contacten, descubrimos cuánto calor, delicadeza y espacio hay en su interior.

Etty nos recuerda que el amor no tiene miedo, no queda afectado por el límite del otro, le deja espacio libre para ser. Ella tiene un convencimiento: *"Una cosa es cierta debemos ayudar a incrementar la cantidad de amor en este mundo. La mínima cantidad de odio que añadamos al exceso de odio que ya existe, hace que este mundo sea más inhospitalario e inhabitable. Cuando se trata de amor, tengo tanto, tanto..."*, y le dirá a su amiga María: *"Una vez que el amor por la humanidad haya germinado en ti, crecerá sin medida"*.

Escribe en una carta a su querido Julius Spier, el partero de su alma: *"Si en estos tiempos no te derrumbas de desolación y si, por otro lado, no te vuelves a fuerza de autodefensa, dura y cínica o te resignas, entonces tienes todavía alguna posibilidad de ser más sensible, tierna, comprensiva y capaz de amar..."*. Ternura es lo que no amenaza, lo que afirma; lo que aporta suelo para crecer; lo que hace posible caer y levantarnos sin tener que esconder nuestro barro. La ternura es la capacidad de ofrecer cobijo desde nuestra forma de mirar y de hablar.

La pregunta es cómo concretar esta ternura, cómo concretar el amor del Dios-con-nosotras. Desde la conciencia de ser amadas y desde el agradecimiento por este amor recibido. Cómo concretarlo en la mujer que soy hoy, la religiosa que soy hoy, en la realidad en la que vivo. Hay una necesidad grande de vivir más conectadas con nuestro corazón, con nuestro ser esencial. De escucharnos, intentando conectar con mi deseo profundo.

Isaías 58, 6-12

- Escuchemos el deseo de Dios en Isaías, cambiando la expresión, en vez del ayuno, *"el cariño que yo quiero es este..."*

[6]Este es el ayuno que yo quiero: | soltar las cadenas injustas, | desatar las correas del yugo, | liberar a los oprimidos, | quebrar todos los yugos, [7]partir tu pan con el hambriento, | hospedar a los pobres sin techo, | cubrir a quien ves desnudo | y no desentenderte de los tuyos.[8]Entonces surgirá tu luz como la aurora, | enseguida se curarán tus heridas, | ante ti marchará la justicia, | detrás de ti la gloria del Señor. [9]Entonces clamarás al Señor y te responderá; | pedirás ayuda y te dirá: «Aquí estoy». | Cuando alejes de ti la opresión, | el dedo acusador y la calumnia, [10]cuando ofrezcas al hambriento de lo tuyo | y sacies al alma afligida, | brillará tu luz en las tinieblas, | tu oscuridad como el mediodía. [11]El Señor te guiará siempre, | hartará tu alma en tierra abrasada, | dará vigor a tus huesos. | Serás un huerto bien regado, | un manantial de aguas que no engañan. [12r]Tu gente reconstruirá las ruinas antiguas, | volverás a levantar los cimientos de otros tiempos; | te llamarán «reparador de brechas», | «restaurador de senderos», | para hacer habitable el país.

ACOGER LO DÉBIL

El amor de Dios no se encarna en la historia por donde lo esperamos. Su modo de irrumpir nos desconcierta. Jesús va a nacer escogiendo lo débil. La puerta de entrada: Zacarías versus María: No en Jerusalén sino Nazaret. No en el Templo sino en la casa. No durante la liturgia sino en la cotidianeidad. "Nacemos frágiles y morimos frágiles..."

Un talante de humildad ante el Dios que se alumbra en lo débil y vulnerable del mundo. En el cada día, ¿en qué lado me sitúo yo? No tanto *"¿qué hago?"* sino *"cómo me sitúo"* ante Dios, ante los demás, en mi comunidad, en las relaciones, en la misión... ¿dónde me coloco? ¿cómo acojo lo débil? Porque es ahí donde aprendo a acoger y a cuidar lo que viene de Dios.

Acoger es la acción principal de nuestra vida. Por ella todo comienza... *"Nos vamos haciendo aquello que acogemos"*. El miedo nos encorva sobre nosotras, nos lleva a escondernos, es un "no". Acoger es un "sí", una puerta que se abre, un camino de relación. Isabel y María se acogen en su momento de incertidumbre y de asombro (Lc 1, 39-55). Se bendicen la una a la otra, se hacen valer mutuamente. Tenemos autoridad cuando hacemos crecer desde dentro.

Descubren que acoger la vida desde su fragilidad (una sin marido y la otra mayor y estéril) les hace presentir a Aquel que viene en lo pequeño y en lo débil. Mirando pequeñeces, tomando rostro en las afueras, sin sitio, para traer para toda una vida abundante, una vida compartida... En su manera de saludarse, María e Isabel se confirman en la acción del Espíritu en ellas... Se esperanzan mutuamente. *"hay bendición en tu vida"*. La otra es una compañera de búsqueda. Vivir nuestro voto de escucha bajo la autoridad de los que sufren" (Magnificat). Una escucha vulnerable, que aquello que acojo cambie mis comprensiones, mis expectativas.

Sentirnos compañeras de esperanza con muchos otros y en camino. Participar en procesos que alumbran vida desde el abajo de la historia, desde las afueras. La minoridad, todo lo pequeño, lo que es pobre, todo lo vulnerable... lleva para nosotras la marca de su encarnación. Sumar nuestros hilos a la trama de mujeres agradecidas y tomadas por la alegría (Sof 3, 16-17) como María e Isabel que a lo largo de la historia se han convertido en lugares de esperanza y salvación para muchos (Is 35, 1-10).

"También nosotras somos un lugar particular de salvación, un lugar donde se teje la vida de Jesús, donde lo recibimos y lo damos "a luz": se trata de compartir el pan, de curar un enfermo, de acariciar a un niño, de respetar la dignidad de las mujeres y de los extranjeros, de compartir la mesa y los propios bienes. De bailar con alegría el vino de la vida (...) De decir que "sí". Que quiero acoger en mí esta posibilidad de ser "salvada" y de convertirme en un espacio de salvación para otros". (Ivone Gebara)

-Agradezco las personas que son para mí espacios de salvación.
-En este Adviento nombre tres motivos para la esperanza.